

El dolor en la teoría y práctica médicas de Galeno

ROSA M.^a MORENO RODRIGUEZ*
LUIS GARCIA BALLESTER*

A Demetrio Barcia

El objeto del trabajo es establecer el papel que desempeñó el dolor en la medicina galénica, especialmente en el seno de su complejo esquema semiológico. Afirmamos que el dolor siempre fue entendido por Galeno como dolor biológico (1). No es que Galeno ignorase o despreciase el dolor moral, al cual él como médico asistía diariamente, sino que entendió a este último como algo físico o somático. En efecto, tanto el dolor físico como el moral tenían su última justificación en la contextura humoral del cuerpo, de la que dependían tanto el fisiologismo de sus partes como la propia vida psíquica e incluso moral del hombre (2). El radical somaticismo de Galeno pocas veces se hizo tan manifiesto como en su doctrina del dolor. En ésta se observa una completa disociación entre los estados afectivos y la sintomatología orgánica, si bien esta afirmación tiene que ser necesariamente matizada, ya que existen en los escritos galénicos enfermedades somáticas producidas por los estados psicológicos. Hay una diferencia radical, en este aspecto, entre la patogenia galénica y la actual: mientras que hoy día estudiamos cualquier proceso morboso como el resultado de una interacción entre *soma* y *psykhē*, Galeno la entendió únicamente desde el

-
- (1) Recordemos que Galeno siempre redujo lo biológico al plano de lo somático y, por tanto, para él, el dolor será siempre dolor físico.
 - (2) El análisis del *Quod animi mores...* de Galeno, demuestra cómo todas las funciones orgánicas encuentran su justificación en la *krasis* (mezcla, constitución, complexión) humoral del cuerpo (GARCIA BALLESTER, L. (1972), *Alma y enfermedad en la obra de Galeno*, Granada-Valencia). Abundando en lo dicho, PIGEAUD, J. (1981) concluye que Galeno tiene una concepción monista de la interacción entre *soma* y *psykhē* (*La maladie de l'âme. Etude sur la relation de l'âme et du corps dans la tradition médico-philosophique antique*, Paris, pp. 47-70).

* Departamento de Historia de la Medicina. Facultad de Medicina. Granada (España)
DYNAMIS

Acta Hispanica ad Medicinam Scientiarumque Historiam Illustrandam. Vol. 2, 1982, pp. 3-24.
ISSN: 0211-9536

punto de vista somático, siendo las perturbaciones del alma una de las cosas no naturales en las que clasificó las causas del enfermar (3).

Dividiremos el presente trabajo en dos partes. En la primera, estudiaremos las ideas de Galeno sobre el mecanismo de producción del dolor; la segunda, la dedicaremos al estudio del dolor en si mismo, insistiendo, por último, en el lugar central que jugó el dolor en el diagnóstico galénico.

I. EL MECANISMO DE PRODUCCION DEL DOLOR

Para estudiar el mecanismo de producción del dolor, partiremos de la definición que le dio Galeno:

«Nada duele en el hombre si la alteración (*alloiōsis*) que se produce es igual a su naturaleza ... No hay nada que produzca sufrimiento si no coexisten la alteración y la percepción (*aisthēsis*)» (4).

El propio Galeno, pues, nos obliga a estudiar estos dos procesos constitutivos de la sensación dolorosa: la alteración y la percepción. En la búsqueda de los orígenes de ambos conceptos recogeremos las doctrinas hipocráticas, platónicas y aristotélicas relacionadas con ellos. Otras doctrinas sólo serán mencionadas si Galeno hace expresa referencia a ellas.

1. La alteración (*alloiōsis*)

Para Galeno la alteración suponía el primer paso del proceso perceptivo, puesto que era la operación que lo realizaba. La alteración era el medio por el que las impresiones externas o internas podían incidir en un organismo que, sin su existencia, permanecería inerte e insensible (5). La entendió como un movimiento cualitativo por obra

(3) GARCIA BALLESTER, *op. cit.* Sobre la evolución que la etiología galénica sufrió hasta dar lugar a la fijación medieval de las seis cosas no naturales, véase RATHER, L. J. (1968) *The Six Things non-natural: A Note on the Origins and Fate of a Doctrine and a Phrase. Clio Medica*, 3, 337-348, y TEMKIN, O. (1973), *Galenism. Rise and Decline of a Medical Philosophy*, Ithaca-London, pp. 106 ss.

(4) K. I, 419.

(5) Esta afirmación galénica está inscrita en su concepción estequiológica del hombre. Contra aquellos que niegan la multiplicidad de los componentes del cuerpo (epicúreos y sus seguidores médicos, los metódicos), Galeno defiende esa variedad apoyándose en el principio hipocrático de que si el hombre fuera uno no sufriría (L. VI, 34) y en sus propias teorías acerca de la producción del dolor. Dice Galeno: «para que exista el dolor, sin duda, se tienen que cumplir dos cosas, la alteración y la percepción. Si nunca se pudiera recibir una alteración, se guardaría siempre la *catastasis*, que se tiene desde el principio y no habría necesidad de precaverse de lo doloroso. Si se alterase, como lo

del cual la sustancia en la que acaecía sufría un cambio (6). En virtud de esta definición era, también, un proceso básico en la fisiología galénica.

Creemos que la adecuada comprensión del concepto de alteración en Galeno sería más completa si realizamos su estudio en ese campo de la fisiología. Para ello, hemos elegido la embriogénesis, porque en este proceso la alteración realiza su función más acabada. En efecto, sobre una materia amorfa e inanimada, origina cambios de caracterización y propiedades que conformarán los distintos géneros sustanciales y partes del ser vivo.

La embriogénesis galénica, efectivamente, constaba de tres procesos: formación, crecimiento y alimentación. Pues bien, los tres estaban mediatizados, total o parcialmente por la alteración. La formación de las partes embrionarias requería que sobre la sangre menstrual actuaran las facultades alterativa y configurativa. El crecimiento de las partes, ya constituidas, se lograba por la acción conjunta de las facultades alterativa y nutritiva. La alimentación era dirigida por cuatro facultades y, de nuevo, una de ellas era la alterativa, por medio de la cual el alimento era transformado en una sustancia similar a la parte nutrida (7).

hacen las piedras y la leña..., pero no tuviese percepción, no se notaría la *diathēsis* acaecida, como no lo hacen las piedras. Y ciertamente los elementos de éstos (los epicúreos) no permiten, por naturaleza, ni el recibir una alteración ni una percepción del átomo.» (K. I. 419-420).

- (6) La definición estricta del *alloiōsis* la encontramos, por ejemplo, en K. II, 3 y 89, K. VII, 708, K. X, 87 y 88, K. XI, 755. En cuanto a la noción de sustancia entendemos que debe ser vista como una conjunción de forma y materia al modo aristotélico (MORAUX, P. (1981), *Galien comme philosophe: la philosophie de la nature*, en: NUTTON, V. (ed.), *Galien: Problems and Prospects*, London, p. 97). Recordemos que Galeno realizó su clasificación anatómica de parte, utilizando las categorías aristotélicas, de las cuales la primera en importancia caracterizadora es la de sustancia. GARCIA BALLESTER, L. (1972), *Galeno en la sociedad y en la ciencia de su tiempo (c. 130-c. 200 d. de C.)*, Madrid, pp. 72-114, especialmente, pp. 99-100.
- (7) K. II, 10-30; NEEDHAM, J. (1934), *A History of Embriology*, Cambridge, pp. 51-56. El concepto de facultad natural está íntimamente ligado a las nociones de causa, movimiento y acción. El teleologismo galénico encontró una base explicatoria en el hilemorfismo aristotélico, de aquí que en la obra galénica se dé un esquema para la realización de las funciones idéntico al aristotélico: la acción se realiza por un movimiento, realizado en virtud de cuatro causas: final, material, eficiente y formal. Creemos que se pueden identificar la causa formal aristotélica y la facultad natural de Galeno. Esta, actuando sobre la causa material originaría un movimiento que daría lugar a la función de la parte. O, para ejemplificar con el proceso nutritivo: una facultad atractiva constitutiva de la sustancia gástrica «llama» al alimento y lo conduce al estómago; otra facultad, siempre inherente al estómago —la alterativa—, lo transforma en una sustancia análoga a la suya; por medio de la facultad retentiva, el alimento, ya idéntico a la composición estructural del estómago, se deposita y agrega a la pared (asimilación); la

En una época que se ha dado en llamar segunda sofística (8), Galeno intentó seguir las doctrinas hipocráticas, explicándolas con las aportaciones conseguidas en el mundo helenístico y romano, compaginándolas con sus teorías filosóficas (9). La teoría humoral hipocrática, frecuentemente mecanicista (10), no le bastó para comprender la fisiología, y los escritos biológicos de Aristóteles le dieron la base suficiente para conseguirlo. Renunciando a la *physica* platónica (11), basó su concepto de alteración en dos fuentes; primera la del cambio, derivada de los escritos hipocráticos y, segunda, la concreción de ese cambio como movimiento cualitativo, tomada de las doctrinas aristotélicas.

facultad expulsiva, elimina el material sobrante (K. II, 1-26). Todas las partes *orgánicas* realizan su función del mismo modo; es decir, en virtud de esas cuatro facultades que hemos mencionado para el proceso gástrico, siendo específica cada una de ellas para cada una de esas partes que hemos llamado orgánicas para indicar que realizan su función por sí mismas. (K. II, 12-14.) Un estudio comprensivo sobre las influencias aristotélicas y platónicas en la concepción de causa galénica: MORAUX, P. (1981), *Galien comme philosophe: la philosophie de la nature*. En: NUTTON, V. (ed.) *Galen, Problems and Prospects*, London, pp. 87-116, 88-89.

- (8) KOLLESCH, J. (1981), Galen und die Zweite Sophistik. En: NUTTON, *op. cit.*, pp. 1-11.
- (9) LAIN ENTRALGO, P. (1977) (*Historia de la medicina*, Barcelona, 103-108) denomina a este procedimiento *síntesis galénica*; es una de las bases en las que se funda la aparición del galenismo como doctrina médica en épocas posteriores. Véase TEMKIN, O., *op. cit.*, pp. 1-9 y 51-95.
- (10) Véanse las atinadas precisiones de Iaian Lonie sobre el sentido con que el concepto «mecanicista» debe aplicarse a algunos de los escritos hipocráticos. LONIE, I. M. (1981), *Hipocrates the Iatromechanist, Medical History*, 25, pp. 123-124 y ss.
- (11) Galeno utiliza a Platón como una autoridad que refrenda sus propios argumentos. De ahí que las doctrinas platónicas aparezcan manipuladas en los escritos galénicos (GARCIA BALLESTER, L. (1972), *Alma y enfermedad en la obra de Galeno*, pp. 209 ss.). DE LACY, Ph. (1972), Galen's Platonism, *Amer. J. Class. Philol.*, 93, 27-39), realiza un análisis sobre la imbricación que hizo Galeno entre las doctrinas hipocráticas y platónicas, en el que describe cómo Galeno intentó adecuar las unas a las otras.
- En la obra de Platón el movimiento cualitativo, la alteración, no es utilizado como soporte de los procesos naturales. El universo platónico está sometido a leyes fisico-matemáticas, engendrándose las formas vivas por la introducción de un movimiento en el caos (*Timeo*, 52d-61c, 2. [BURNET, I. (ed.) (1968), *Platonis Opera*, vol. IV]. El mantenimiento de la vida sería debido a tres tipos fundamentales de actividad: movimiento, separación y combinación, regidos por esas leyes de tipo fisico-matemático: «cuando el fuego está rodeado de aire, agua o tierra, en proporción de poco en mucho, agitando en el transporte de este excipiente, combate, pero es vencido y reducido en piezas; entonces, dos corpúsculos de fuego se reagrupan en una sola forma de aire, y cuando es ... desmenuzada, con dos de sus unidades y una y media, la forma que resulta del compuesto es una unidad de agua». Véase CROMBIE, I. M. (1979), *Análisis de las doctrinas de Platón*, 2 vols. Trad. castellana por A. Torán y J. C. Armero, Madrid, vol. II, pp. 200-237.

La delimitación que Galeno hizo del concepto de cambio hipocrático, se manifiesta de una forma primaria en el vocabulario utilizado. En el *corpus hippocraticum* el término griego para la alteración, *alloiōsis*, es intercambiable en su significación con otros como *metabolai*, *diállassō* o *metállassō*. La fijación del término por Galeno implicó, también, una especificación de las distintas acepciones dadas al concepto de cambio en los escritos hipocráticos. Estos sentidos diferentes, creemos, pueden ser adscritos a tres parcelas de la teoría del enfermar. En primer lugar, el cambio puede ser entendido como signo indicativo de enfermedad, encuadrándose, por tanto, en el área semiológica; en segundo lugar, a un cambio puede imputársele la causación de la enfermedad; por último, la noción de cambio puede ser soporte de doctrinas *physiologicas*.

Como dice Laín Entralgo, para el médico hipocrático, el conocimiento de la enfermedad comenzaba por la percepción de diferencias aparecidas entre el estado normal y el patológico del individuo; es decir, por la presencia de *cambios* en el aspecto del paciente y de *cambios* en las funciones orgánicas (12):

«Una orina que tenga buen sedimento y que, súbitamente, no lo presente anuncia cambios (*metabole*) y sufrimientos» (13).

Subyacía en esta concepción de cambio la idea de un principio ordenador en el *kosmos* que mantenía, sin interrupción, todos los procesos vitales en un funcionamiento inalterable: la *physis*. En la concatenación inherente de esos procesos naturales podía entenderse por qué un cambio aparecido en uno de ellos, *anunciaba cambios y sufrimientos*, es decir, presagiaba la enfermedad.

Esta misma noción de *physis* es la que permite darle un valor etiológico al concepto de cambio. En efecto, la naturaleza —para un hipocrático— es bienhechora en sí misma y su acción continua; por tanto, el cese de su actividad debía buscarse en una transgresión del modo de vida habitual del paciente o en una inadecuación entre éste y las condiciones ambientales (14):

«el régimen consiste en la ingestión y en la evacuación de alimentos y bebidas; los cambios (*metabolai*) en estas cosas, cuáles son y cuáles sus antecedentes (deben ser buscados para establecer un diagnóstico). Olores que alegran, entristecen, llenan, afectan; sus cambios, sus antecedentes,

(12) LAIN ENTRALGO, P. (1970), *La medicina hipocrática*, Madrid, pp. 227-228.

(13) L. V, 718.

(14) Sobre las relaciones, en la doctrina hipocrática, entre el hombre y su entorno, véase, LAIN ENTRALGO, P. (1970), *op. cit.*, pp. 124-131.

cómo actúan. El aire y los cuerpos que entran y salen. Las cosas percibidas por la audición, buenas o aflictivas. Y, para la lengua, a partir de qué sustancias es provocada. El aire, según el calor, el frío, su densidad o tenuidad, sequedad o humedad, está sujeto a grados diversos; dónde están los cambios, los antecedentes, cómo actúan. El continente, el movimiento, el contenido... Palabras, silencio, decir lo que se quiere, palabras pronunciadas en alta voz, o numerosas, verídicas o falaces» (15).

Este texto, tan hermoso, del libro sexto de las *Epidemias* contiene causas morbosas que hoy interpretaríamos como psicógenas; sin embargo, su misma localización dentro del fragmento nos indica que el autor les dio otro sentido. En efecto, las sensaciones afectivas se mezclan con agentes causales externos, la introducción de cuerpos extraños se equipara con el silencio, queriendo indicar, nos parece, que el origen del proceso morbooso es una alteración en la conducta habitual del paciente, en su *diáita*. Aspecto que más tarde el galenismo canonizaría en la clasificación etiológica de las seis cosas no naturales.

El tercer sentido dado al concepto de cambio se encuentra más próximo a la alteración galénica, al menos porque es establecido como hipótesis explicativa de procesos fisiológicos y patogénicos. En el tratado hipocrático *Sobre el régimen* se explican los procesos naturales mediante la interacción que ejercen entre sí el fuego y el agua:

«Sus atributos son: para el fuego la sequedad y el calor, para el agua la humedad y la frialdad. Se relacionan entre sí; el fuego recibe del agua lo húmedo y, así, la humedad está en el fuego; el agua recibe la sequedad del fuego y así, la sequedad está en el agua. Siendo de esta forma, se separan de ellas muchas y variadas formas, semillas y seres vivos, ninguno semejante a otro, ni en el aspecto ni en las propiedades. Estos elementos no permanecen jamás en el mismo estado sino que, siempre cambiando, los seres que aparecen a partir de ellos son siempre desiguales» (16).

Estos elementos son también los constituyentes del alma que rige los procesos vitales: hay crecimiento a partir de la nutrición porque existe un agua húmeda y un fuego seco; la primera, es capaz de nutrir y, el segundo, de movilizar. Una sustancia sin consistencia — como es la que va a dar lugar a la formación del feto —, por medio del fuego, se seca y solidifica (17).

(15) L. V, 344-346.

(16) L. VI, 474. JOLY, R. (ed.) (1967), *Hippocrate. Du régime*, Paris, IV, 14-22.

(17) L. VI, 472-484. JOLY, R., *op. cit.*, IV-IX; JOLY, R. (1960), *Recherches sur le traité pseudo-hippocratique Du Régime*, Paris, pp. 20-26, para las inspiraciones heracliteanas y anaxagoreanas de este fragmento.

Esta hipótesis fisiológica y la defendida por Galeno mantienen un punto de contacto puesto que, en ambas, las cualidades son designadas como los elementos operativos de las funciones vitales. Sin embargo, en la doctrina galénica, los elementos, con sus cualidades características, no ejercen su acción directamente sino que lo hacen mediatizados en una *krasis* que constituía las facultades naturales. A su vez, estas facultades están inscritas en, y conformadas por, la *krasis* humoral de la parte (18). Aparece así el concepto de facultad natural integrando las distintas doctrinas estequiológicas hipocráticas: los humores, las cualidades y los elementos. Una facultad natural que realiza la función de la parte en virtud de una alteración.

Nos parece que Galeno con su concepto de alteración pudo dar una explicación concreta a la noción hipocrática de cambio a nivel fisiológico (19). Lo mismo hizo en sus escritos etiológicos y semiológicos con las dos restantes acepciones hipocráticas de cambio.

Pero hemos dicho que la alteración galénica tenía su segunda raíz en las doctrinas aristotélicas. Este fundamento es específicamente teórico, puesto que la alteración es definida por ambos como movimiento cualitativo (20).

Para Aristóteles, los conceptos de alteración y sustancia están íntimamente unidos. Este nexos quedaba establecido porque únicamente un cambio acaecido en la mencionada categoría era capaz de ocasionar una variación en la identidad del ser o de la parte (21). Así, Galeno podía explicar, por ejemplo, la conversión del alimento en quilo por medio de la alteración; en la digestión gástrica se *altera* el alimento hasta ser convertido en una sustancia análoga a la parte nutrida; la sustancia sobrante de esta digestión sería el quilo (22).

La alteración, tanto para Galeno como para Aristóteles, sería uno de los cuatro movimientos de los que dispone el organismo para realizar sus funciones. Pero Galeno sobrepasó las hipótesis aristotélicas al aplicarlas al estudio del hombre. La alteración no era sólo un movimiento que provocase una acción, sino que era específica de cada parte. En efecto, se realizaba por la facultad alterativa conformada por la *krasis* humoral constituyente de cada órgano, como ya mencionamos.

(18) K. II, 5 y 12-14.

(19) LONIE, I. M., *op. cit.*, p. 115.

(20) TRICOT, J. (ed.) (1946), *Aristote. Organon. I. Catégories. II de l'interprétation*, Paris, pp. 72-75.

(21) *Ibidem*, pp. 7-20, especialmente, 17-final; ALLAN, D. J. (1970), *The Philosophy of Aristotle*, London, pp. 26 ss.

(22) Véase la nota 7.

El énfasis galénico en hacer depender la acción de una parte de sus facultades naturales y éstas, a su vez, de la constitución humoral, nos hace recordar otro supuesto aristotélico, el del hilermorfismo (23). Efectivamente, nos parece que los conceptos de forma, en Aristóteles, y de facultad natural, en Galeno, son equiparables por significar ambos el principio operativo de la parte y, también, por estar inscritos específicamente en ella, dándole su caracterización funcional. Precisamente esta última condición de la facultad natural, como determinante del funcionalismo orgánico, nos obliga a relacionarla con el concepto de *physis* hipocrática. Nos parece que el intento galénico de somatizar todos los procesos vitales no podía dejar de lado una plasmación, a nivel doctrinal, de la *physis* que permitiera estudiarla con la metodología empleada en la doctrina médica. En este sentido, el idiosincrásico principio ordenador de la *physis* estaría realizado en sus últimos eslabones gracias a las facultades naturales, regidas cada una de ellas por uno de los tres tipos de alma, psíquica, natural o esfígmica, portadoras, a su vez, de una finalidad como requería el teleologismo aristotélico compartido por Galeno (24). Del alma natural participarían todos los seres vivos y su objetivo sería la supervivencia de la especie. El alma psíquica conllevaría como finalidad característica del hombre, la realización de las funciones intelectuales (25). Y hablamos de un intento galénico por somatizar más la idea hipocrática de *physis*, porque el alma también se hace depender de la constitución humoral del cuerpo, de forma que cada organismo viviente tiene un funcionamiento diferenciado de los demás (26).

-
- (23) Los dos principios de que consta cada parte aristotélica, necesitan estar presentes para la realización de la función. La forma provee el principio de unidad e identidad y la organización funcional a la parte; la materia es el principio que posibilita (la potencia) la función. (NUSSBAUM, M. C. (1978), *Aristotle' De Motu Animalium*, Princeton, pp. 143-164). Por su parte, la forma sería el resultado de la mezcla de las cuatro cualidades elementales y aparecería al entrar éstas en la materia (MORAUX, P. (1976), *Galien et Aristote*. En: *Images of Man in Ancient and Medieval Thought*, Studia Gerardo Verbeke... Leuven, p. 139).
- (24) Galeno de acuerdo con Platón, diferencia en el alma tres formas o partes; con ello se aparta de la concepción aristotélica que distingue en ella tres especies, pero con la misma sustancia y el mismo origen. DE LACY, Ph. (ed.) (1980), *Galeni. de placitis Hippocratis et Platonis*, CMG V 4, 1, 2, pp. 442-448.
- (25) TEMKIN, O., *op. cit.*, p. 26.
- (26) Efectivamente, Galeno piensa que cada organismo tiene un modo de funcionamiento individual. En su método diagnóstico aconseja conocer el estado del individuo anterior a la enfermedad (GARCIA BALLESTER (1981), *Galen as a Medical Practitioner: Problems in Diagnosis*. En: NUTTON, V., *op. cit.*, pp. 13-46). Y en el tratamiento, uno de los requisitos básicos de su *endeisis* era el tratamiento individualizado. Véase especialmente el libro III del *De Methodo Medendi* (K. X, 157-231).

2. La percepción (aisthēsis)

La percepción es una de las tres funciones que Galeno asigna al alma psíquica (27). Esta, realiza los procesos intelectuales, motores y sensitivos, por medio del *pneuma* psíquico contenido en los ventrículos cerebrales (28). La conexión entre éstos y los órganos aferentes y afectores la estableció por los nervios; éstos eran de dos tipos según la función que realizaban: motores y sensoriales o, mejor, en el decir galénico, duros y blandos (29). Esta diferenciación construida sobre consistencia y función, es un reflejo más de lo que venimos llamando somaticismo galénico. Efectivamente, para Galeno es totalmente incomprensible un estudio separado de la anatomía y la fisiología, habida cuenta de que la naturaleza crea la estructura idónea para cada función (30). Pero el partir de este supuesto implicaba seguir un método deductivo y la anatomía nerviosa galénica está construida apriorísticamente a pesar de que fue en este campo donde Galeno realizó sus mejores aportaciones anatómicas y clínicas (31). Partiendo de que la sensación suponía un padecimiento (*pathos*) y de que el movimiento significaba ejercer una acción, Galeno diferenció entre nervios blandos y duros: una constitución débil parece propensa a recibir una acción; una dura, apta para realizarla (32). La anatomía cerebral estuvo sujeta a los mismos errores: descripciones minuciosas del bulbo olfatorio o del nervio óptico, llevaron a Galeno a diferenciar en el cerebro dos zonas funcionales, anterior o sensitiva, posterior o motora, con distinto grado de consistencia, como sucedía en los nervios (33). La aparición de

(27) K. VII, 55 y 84-86.

(28) DE LACY, *op. cit.*, 442-448. La existencia de este *pneuma* psíquico, que Galeno no acaba de definir si es el alma o el vehículo de ésta, ha dejado campo abierto para pensar en un Galeno agnóstico (TEMKIN, *op. cit.*, 44-45 y 79-87), o en una evolución de su pensamiento; así lo cree MORAUX [(1976), pp. 136-141], quien afirma que la postura somaticista de Galeno se correspondería con su última etapa vital. Igualmente GARCIA BALLESTER, L. (1971), La utilización de Platón y Aristóteles en los escritos tardíos de Galeno, *Episteme*, 5, 112-120.

(29) K. III, 633-636.

(30) Son sobradamente esclarecedores a este respecto los libros que componen el *De Usu Partium*. Véase, TEMKIN, *op. cit.*, pp. 41-42; GARCIA BALLESTER, L. *Galeno...*, pp. 72 ss.; MAY, M. T. (1968), *Galen On the Usefulness of the Parts of the Body*, 2 vols. Ithaca, N. Y.

(31) K. VIII, 56 ss. Véase también la excelente introducción y notas de MAY, M. T. (1968), *Galeno...*

(32) K. III, 633.

(33) Galeno afirma que el cerebro tiene que ser más blando que los nervios sensoriales (la zona anterior), ya que es el origen de éstos y sus funciones de sensibilidad, pensamiento y fantasía, requieren que esté constituido por una sustancia capaz de recibir todo tipo de afecciones y alteraciones (K. III, 636-637; DE LACY, *op. cit.*, 441-443).

nuevos datos, en lugar de obligar a un replanteamiento de la hipótesis ponía en marcha un complejo proceso deductivo que los integrase dentro de ella (34).

Ese padecimiento productor de la sensación nerviosa, es una alteración, un movimiento cualitativo. La sensación supone el reconocimiento de la alteración sufrida por un nervio de naturaleza blanda, originada al entrar en contacto la sustancia nerviosa con la sustancia del objeto sensible. La condición necesaria para que se dé es que ambas sustancias sean semejantes:

«Percibimos por el más térreo de los órganos de los sentidos, el tacto, la naturaleza térrea en los objetos de los sentidos; y por el más luminoso, la visión, la naturaleza luminosa; y, similarmente, el discernimiento de las propiedades peculiares al aire, es conseguido por el órgano de la audición, el cual es de naturaleza aérea» (35).

Posteriormente, este movimiento cualitativo es transmitido por medio de los nervios hasta los ventrículos cerebrales donde es informado el *pneuma* psíquico. Es en este momento cuando se produce la percepción:

«La percepción no es la alteración sino el discernimiento de ella» (36).

Así pues, el mecanismo de producción de la sensación dolorosa es similar al de cualquier proceso perceptivo. Creemos que la diferencia de la cualidad sensitiva puede establecerse en dos aspectos: uno fisiológico, el otro perteneciente a la patología, referidos ambos a la calidad de la alteración. En un funcionamiento normal de las partes orgánicas, éstas serían insensibles:

«una afección incesante y violenta preternatural (i.e patológica) es dolorosa; lo que produce la vuelta a la naturaleza, placentero; el movimiento suave y pequeño, insensible» (37).

La alteración significará solamente el cambio necesario para informar al *pneuma* psíquico del estado del medio ambiente.

En el estado patológico, la sensación diversifica su cualidad en función de la gravedad. Si la enfermedad es peligrosa, es decir si se ha

(34) Así sucede con la visualización de nervios duros en la zona anterior del cerebro. Esto no le llevó a un replanteamiento de su hipótesis anatómica sino que dedujo que esas fibras motoras eran únicamente la de los órganos sensoriales dotados de movimiento (K. III, 638-639).

(35) DE LACY, *op. cit.*, p. 462.

(36) *Ibidem*, 468.

(37) K. VII, 115.

producido un alejamiento de la *physis* de su estado normal, aparecerá dolor. En cambio, las pequeñas perturbaciones de las funciones orgánicas se percibirán, pero sin dolor:

«... pero la anomalía moderadamente excesiva de éstas (cualidades fría y caliente) y de todas las otras es indolora; y, así, lo que nos rodea no nos causa daño hasta que el frío o el calor han sido conducidos a lo immoderado; y las diferencias moderadas de ellas, aunque claramente son numerosas y muestran una supremacía, las percibimos sin dolor» (38).

Creemos que el término «moderado» implica el mantenimiento de la constitución humoral propia de la parte. De los cinco temperamentos que hay en el organismo, cada uno de ellos recibe su nombre por la cualidad dominante en su composición; existe, pues, un desequilibrio «moderado». Si el desequilibrio aumentase un poco (*oligon*) se produciría una discrasia; una desproporción mayor, condicionaría la enfermedad, y el incremento llevaría a la muerte (39).

Las afecciones «numerosas» que acaecen en el organismo, sólo desencadenan la enfermedad cuando ha fracasado la fuerza sanadora de la naturaleza; en ese momento aparece el dolor. Recordemos la definición que Laín da de la enfermedad en la obra de Galeno: diathesis preternatural por obra de la cual padecen inmediatamente las funciones vitales (40). Puesto que las funciones son el resultado de la composición cualitativa de la parte, es coherente que una alteración (cambio cualitativo) ocasione una disfunción, cuando no una abolición o cambio funcional completo, en la parte en la que acaece. A su vez, esa alteración puede ocurrir en un órgano inervado sensitivamente y originar una sensación dolorosa, en tanto y cuanto que es integrante del proceso normal perceptivo.

Este mecanismo de producción del dolor es suficiente, también, para darnos cuenta de su cese. Este, en la patogenia galénica, puede producirse tanto por la curación como por la agravación de la enfermedad.

El cese del dolor por curación es fácil de entender, pues el proceso sanador implica que ha dejado de producirse una alteración violenta y preternatural en la parte afecta. Pero este mismo fenómeno puede derivarse del empeoramiento de la enfermedad. Esta, en efecto, puede

(38) *Ibidem*, p. 744; DE LACY, *op. cit.*, 468.

(39) K. I, 520-521.

(40) LAIN ENTRALGO (1977), p. 103.

conducir a una transformación total de la parte, de forma que cambie su constitución característica. Al no haber una diferenciación cualitativa entre el agente morboso y la parte, estaría imposibilitada la sensación:

«... las partes dejarán de sentir dolor cuando se asimilen con lo que las está alterando. Como dijo el admirado Hipócrates: las partes sufren, no cuando el temperamento ha sido alterado, sino cuando se está alterando» (41).

De las cinco vías sensoriales que existen en la anatomía galénica, sólo la táctil está capacitada para transmitir el dolor (42). Las lesiones acaecidas en otros órganos sensoriales se manifiestan sólo por la pérdida o perturbación de la función. Si la perturbación funcional se acompaña de dolor es sólo porque la alteración que está afectando al órgano se transmite a los nerviecillos táctiles que lo inervan (43). Esta hipótesis la apoyó Galeno en datos tomados de su teoría anatomofisiológica de la percepción. De ésta, el dato más importante para su especificidad, nos parece el basado en su constitución sustancial. Efectivamente, la tierra es el elemento sustancial del órgano del tacto (44) y por medio de ella se puede captar las propiedades térreas y de resistencia; resistencia cuya discontinuidad es siempre, en último término, responsable de la enfermedad (45).

La sensibilidad táctil es indispensable para el mantenimiento de la vida en virtud de su propiedad de percibir las alteraciones corporales. Los demás órganos sensoriales están dedicados a captar estímulos externos, y la continuidad de la vida no depende del mantenimiento de sus funciones. La consideración del tacto como imprescindible para la vida, se intensificó en la doctrina galénica al ser afirmado el gusto como una forma de sensibilidad táctil en virtud de su capacidad discriminativa de alimentos perjudiciales (46).

Esta equiparación entre uno y otro tipo de sensibilidad, nos parece que integra las teorías patogénicas y etiológicas de Galeno con su concepción de la *physis* como providencial. Efectivamente, dentro de la teoría humoral galénica, una de las causas primeras de la alteración humoral (*dyscrasia*) sería una anomalía en el régimen alimenticio. El sentido del gusto sería la señal de alarma que la naturaleza (*physis*) utiliza

(41) K. VII, 739.

(42) K. VII, 56-57.

(43) *Ibidem*, 57-58 y 108-115.

(44) DE LACY, *op. cit.*, pp. 462.

(45) *Ibidem*, p. 467; K. VII, 115-117.

(46) K. VII, 116 ss.

para evitar daño al organismo. Sin embargo, la etiología de la *dyscrasia* puede ser mucho más sutil; en efecto, un exceso de ejercicio, un estado afflictivo, pueden desencadenarla sin que tengamos conciencia de ella (47). A este último nivel, en muchos casos estequiológico, el mecanismo de defensa de la *physis* sería la manifestación de dolor por medio de la sensibilidad táctil. Creemos que, en este sentido, la influencia de Aristóteles en la doctrina de Galeno alcanza una de sus mejores expresiones. El origen y mecanismo de producción de la sensación pueden superponerse, punto por punto, en ambos autores (48); además, la significación teleológica dada al sentido del tacto es también idéntica. Aristóteles hizo de la sensación uno de los principios básicos para la vida y la sometió a una gradación, al igual que hizo Galeno; es decir, el sentido básico e imprescindible para el mantenimiento de las funciones vitales, sería el tacto (49); la existencia de los demás estaría condicionada por la finalidad asignada dentro de la *physis* universal a cada género viviente (50).

Nos parece que, de nuevo, Galeno hizo uso de las doctrinas aristotélicas para ultimar las hipocráticas, reduciéndolas a procesos inteligibles.

La elaboración galénica de las doctrinas hipocráticas (51), que venimos afirmando, la podemos ejemplificar, a nivel de la sensación, en los dos aspectos que hemos visto en Galeno: discriminación gustativa y experiencia dolorosa. El autor de *Sobre la Medicina Antigua*, encontró el origen de la medicina en la distinción de los alimentos perjudiciales y beneficiosos para el hombre. Dentro de una fisiopatología referida al

(47) K. VII, 733-734.

(48) Hay, solamente, dos diferencias entre las teorías de la percepción de estos autores. La primera, a nivel del reconocimiento de la sensación; para Aristóteles este paso supondría la actualización de la forma contenida en la materia; la segunda, en el mecanismo de producción de la sensación, puesto que la alteración, en la obra aristotélica, no se produce directamente en la sustancia del órgano sensorial (son desconocidos los nervios), sino en el medio entre el objeto sensible y el órgano sensorial; posteriormente se transmitiría esa alteración del medio hasta la sustancia de la parte perceptiva, en donde se produciría la actualización de la forma potencial allí contenida. *De Anima*, 416b, 33-418a, 6. [HETT, W. S. (ed.) (1964), *Aristotle. On the Soul. Parva naturalia. On Breath*, Cambridge, Massachusetts.]

(49) *De Anima*, 413 b, 2-8 (ed. HETT, W. S.).

(50) MORAUX, P. (1976), p. 132.

(51) En el *Corpus Hippocraticum* las teorías de la percepción son casi inexistentes. Para explicarnos esta ausencia creemos poder invocar el nivel de conocimiento científico de la época en que fue redactado; al intentar desvincular los procesos naturales de causaciones mágico-creenciales, parece razonable que los primeros médicos centrasen su interés en el estudio de la patología y la etiología antes que dedicarse al estudio de unos órganos de cuya comprensión no se derivarían componentes prácticos para su teoría del enfermar.

estado y cantidad de los alimentos, la sensación corporal sería el mecanismo de defensa básico contra las transgresiones alimenticias (52). En la doctrina galénica encontramos el equivalente a esta hipótesis hipocrática en la sensibilidad gustativa, pero dentro de una teoría elaborada hasta sus últimos aspectos; no son los alimentos en sí mismos los responsables de la enfermedad, sino el desequilibrio humoral que puedan ocasionar; no es simplemente que el alimento dañino ocasione inmediatamente sensación desagradable o dolor, sino que el desequilibrio humoral provoca una alteración cualitativa en la sustancia del nervio gustativo.

En la doctrina más elaborada del autor de *Sobre los lugares en el hombre* (*De locis in homine*) nos aparece una etiología y patogenia similar a la galénica, aquella que considera agente morboso a toda perturbación contraria a la naturaleza:

«el dolor se produce por el frío y por el calor, por el exceso y por el defecto (...) En las personas de constitución fría, por el calor; de constitución caliente, por el frío; de constitución seca, por lo húmedo; de constitución húmeda, por lo seco. Pues los dolores sobrevienen cada vez que se produce un cambio (*diallassō*) y corrupción en la naturaleza» (53).

Entre este fragmento y la teoría galénica del dolor hay un espacio a cubrir, el situado entre la etiología y la aparición del dolor. Creemos que la alteración (*alloiōsis*) aristotélica introducida por Galeno para cubrirlo, es una prueba más del intento galénico por somatizar las teorías hipocráticas; somatización que vino exigida para dar una explicación racional y universal a cualquier proceso del ser vivo (54). «Frío, calor, exceso o defecto», no son más que las alteraciones humorales galénicas, cualitativas o cuantitativas. El dolor es producido por ellas, pero mediatizado por la alteración cualitativa de la sustancia nerviosa táctil.

El Galeno platónico aparece en la doctrina del dolor sólo en los aspectos más teóricos de ésta. Así, en la fisiología galénica de la

(52) PIGEAUD (*op. cit.*, pp. 10-13) hace especial énfasis en este texto puesto que considera que inscribe a la medicina en el proceso cultural e histórico de su época.

(53) L. VI, 335.

(54) Este proceso de somatización, que Galeno fue radicalizando en sus últimas obras médicas, lo podemos calificar también de «corporalismo naturalista», según la expresión de ORTEGA Y GASSET, J. (1958), *La idea de principio en Leibniz y la evolución de la teoría deductiva*, Buenos Aires, pp. 166 ss.-También GARCIA BALLESTER, L. (1971), *La utilización...*

percepción, el último eslabón dependía del alma psíquica platónica (55). Por otra parte, la distinción entre dolor, placer e imperceptibilidad, la tomó de Platón. La naturaleza, con el dolor, manifestaría una anomalía somática (56).

Galeno necesitó, todavía, de otro elemento para completar su teoría de la percepción. Hemos hablado repetidamente del esfuerzo galénico por somatizar la medicina hipocrática, pero nos parece que realizó este mismo intento con las doctrinas de Platón, cuyas opiniones llegan a ser manipuladas por él en este proceso. Se ha hablado de una exégesis aristotélica de Platón (57), igual que hemos expuesto aquí una interpretación hipocrática por medio de Aristóteles. Pero creemos que Galeno pudo también realizar una exégesis estoica de Platón, sin alejarse por ello de la huella de Hipócrates. La explicación de las doctrinas platónicas por medio del estoicismo, creemos encontrarla en la teoría de los *pneumata* (58). Efectivamente, las tres almas platónicas se identifican con un tipo determinado de *pneuma* o, por lo menos, se considera a un *pneuma* como su vehículo. Galeno somatizó también el *pneuma* estoico y, así, por medio de él, explicó las perturbaciones del alma a un nivel somático.

II. EL DOLOR EN LA PRACTICA MEDICA DE GALENO

El estudio del dolor en la obra de Galeno presupone una comprensión totalizadora de su teoría del enfermar. Sólo partiendo de ésta puede ser entendido el fundamento de la sensación dolorosa—es decir, su mecanismo de producción—, y sólo en ese momento puede ser

(55) Todo el tratado galénico *De placitis Hippocratis et Platonis* está dedicado al estudio del alma, sus formas o partes y sus funciones. Quizá el libro más clarificador de la postura de Galeno hacia la concepción platónica del alma sea el libro VI (K. V, 505-585; DE LACY, Ph., *op. cit.*, pp. 360-426).

(56) La diferenciación que hizo Galeno en tres tipos de sensaciones corporales (de órganos internos) es platónica como él mismo nos lo hace notar (ver nota 36). Esta concepción platónica aparece en el *Timeo* seguida de las repercusiones que el dolor puede tener sobre el alma, para la que es fuente de perturbaciones que la apartan de su finalidad, la búsqueda de la sabiduría: «en esto que son los dolores, el alma (...) encuentra, procedente del cuerpo, un abundante origen de males» (*Timeo*, 86b, 5-8) BURNET, I, (ed.). TEMKIN, *op. cit.*, 38-39 y 45-46.

(57) GARCIA BALLESTER, L. (1971), La utilización..., y (1972), *Alma y enfermedad...*

(58) El reconocimiento de la sensación se realiza para los estoicos a través del *pneuma*, que es inherente a las formas vivas y cuya significación es equiparable al alma. BRUN, J. (1966), *Les stoïciens. Textes choisis*, pp. 78-80.

En la obra de Zenón, fundador del estoicismo, representaría el *logos* o principio activo [HUNT, H. A. K. (1976), *A Physical Interpretation of the Universe. The Doctrines of Zeno the Stoic.*, Melbourne, pp. 48-49].

clasificado como síntoma dentro de las manifestaciones del ser vivo. Sin embargo, esta visión del dolor resultaría parcialmente explicativa de procesos físicos y no puede bastar a aquel que afirmó la imposibilidad de ser buen médico sin ser filósofo (59). Por ello, Galeno se tiene que preguntar la finalidad de la existencia del dolor e introducirlo en su modo de concebir la vida. No olvidemos que entendió los fenómenos vitales siempre ordenados a un fin determinado. Este teleologismo se apoyó en el concepto hipocrático de *physis*, según el cual los procesos vitales del ser vivo están perfectamente regulados para que el hombre pueda realizar las tareas más definitorias de su especie, las intelectuales (60). La influencia platónica en este supuesto se corrobora si consideramos la significación que se le dio a la enfermedad en relación con esta finalidad; tanto para Platón como para Galeno las enfermedades y alteraciones corporales tenían que ser evitadas puesto que alteran la capacidad de razonamiento:

«Todos los hombre necesitamos de la salud para mantener las funciones de la vida, a las cuales las enfermedades dañan, cortan y hacen cesar; y también necesitamos estar libres de molestias (*anokhlēsias*) pues no poco nos vemos importunados con los dolores. La constitución sana es aquella en la que no sentimos dolores y en la que no están dañadas las funciones del ser vivo» (61).

Si la más característica de estas «funciones de la vida» del ser humano, que nos acaba de mencionar Galeno, es la intelectual, es lógico que a su servicio estén todas las demás, y que la *physis* las mantenga continuamente en un perfecto funcionamiento. Naturalmente el fisiologismo normal es de por sí imperceptible. Pero si este mecanismo regulador «silencioso» fracasase sin dar señal de alarma, el individuo moriría. La naturaleza, con su providencia, ha previsto incluso aquellos casos en que en su quehacer habitual se ve transgredida:

(59) Galeno afirma en su libro *Quod optimus medicus sit quoque philosophus*, que la medicina debe apoyarse en tres pilares procedentes de la filosofía, la lógica, la ética y la *physica* (K. I, 53-63). El primero y el tercero ceden a la medicina un método científico, pero también la comunican hipótesis filosóficas, como el teleologismo y el hilemorfismo [MORAUX (1981), p. 96]. La medicina, por su parte, es la ciencia indispensable para el estudio de la ética humana [GARCIA BALLESTER, L. (1969), *Medicina y ética en la obra de Galeno*, *Med. Esp.*, 62, 280-288]. TEMKIN, O. (obr. cit.) y VEGETTI, M. (1978) en su introducción a GAROFALO, I.; VEGETTI, M. *Opere scelte di Galeno*, Torino, pp. 9-50, nos dan una visión completa de la procedencia de las ideas médicas y filosóficas de Galeno, en su contexto socio-histórico y, en la obra de TEMKIN, su desarrollo posterior.

(60) TEMKIN, O., *op. cit.*, p. 26.

(61) K. VI, 18; véase nota 56.

«La naturaleza tiene una triple finalidad en la distribución de los nervios: sensibilidad para los órganos de la percepción, movimiento para los de la locomoción, y, a los otros la facultad de reconocer las lesiones que experimentan» (62).

El origen aristotélico que tiene Galeno de la visión de los procesos biológicos se hace patente en este fragmento; la finalidad básica de la existencia es la supervivencia y es común a todos los seres vivos. La sensación dolorosa significa la puesta en marcha de mecanismos defensivos conscientes contra el agente doloroso, de forma que, con palabras de Aristóteles,

«si el ser vivo no estuviera dotado de la facultad de percibir las lesiones que experimenta, perecería en poco tiempo» (63).

Aparece, así, la acepción del dolor inseparablemente unida a la significación que Galeno encuentra en la existencia de la vida. La enfermedad es un *accidente* (64) que se manifiesta sólo cuando los mecanismos sanadores de la *physis* han fracasado, puesto que las pequeñas alteraciones que acaecen en el organismo son fácilmente restablecidas en su funcionalismo normal. Cuando esas alteraciones son violentas y fracasa la *vis curatrix naturae* se produce la enfermedad y es sólo, en ese momento, cuando puede llegar a manifestarse el dolor (65).

Vemos cómo en las doctrinas filosóficas encuentran su última explicación y su confirmación las doctrinas médicas. Ahora bien, al comenzar este apartado, decíamos que el dolor puede ser comprendido sólo desde el punto de vista físico, y creemos que es esta visión la que tuvo Galeno en la clínica, la que condujo su proceder a la hora de interpretar la aparición del dolor. Recordemos que el principal objetivo de la práctica médica es el tratamiento —conseguir la recuperación del enfermo—, meta irrealizable si no se parte de un diagnóstico acertado. La consideración esencialista que Galeno tuvo de la enfermedad (66), hizo que su objetivo principal en el diagnóstico fuera el de encontrar la localización de la enfermedad; y ello porque no puede haber disturbio funcional sin lesión orgánica (67). El proceso seguido desde la inicial

(62) K. VIII, 378; MORAUX, P. (1981), especialmente pp. 98-102; TEMKIN, O. (1973), pp. 40-44.

(63) *De Anima*, 434 a, 23-434 b, 25; 435 b, 4-6.

(64) LAIN ENTRALGO, P. (1968), *El estado de enfermedad. Esbozo de un capítulo de una posible antropología médica*, Madrid, pp. 159-166.

(65) Véase el texto de Galeno en el lugar correspondiente a la nota 37.

(66) GARCIA BALLESTER, L., *Galeno...*, pp. 159-166.

(67) NEUBURGER, M. (1910), *History of Medicine*, Transl. E. Playfair, 2 vols., London, I, p. 263; K. VIII, 20.

transgresión de la *physis* hasta su localización, comprende ese quebrantamiento o «causa procatártica» que inducirá una afección en el organismo sólo si éste estuviera predispuesto a padecerla («causa proegumena»). Si entonces la afección se localizase —«causa sinéctica»—, se dará la alteración de la función y aparecerá la enfermedad (68).

El diagnóstico galénico, al igual que el hipocrático, partió de la observación (69). Ella permitía el examen de las diferencias entre el funcionamiento normal del organismo sano y del organismo enfermo, y cada una de esas diferencias era un síntoma que indicaba la alteración de la *physis*. A partir de esos signos, el médico debía inferir el género y especie de enfermedad; esta inferencia la realizaba a través del razonamiento (*logos*). El extraordinario énfasis que Galeno puso en este método diagnóstico, vino dado por la necesidad de encontrar los dos procesos que intervenían en su patogenia: afección y localización. Como estos dos procesos sólo pueden ser hallados a través de los síntomas, realizó una clasificación minuciosa de ellos, utilizando como método la división (*diairēsis*). Recordemos la gran admiración que Galeno profesó al método del géometra, «quien hace proceder sus principios del origen común y, entonces, de los principios deduce teoremas que son las bases para nuevos teoremas» y que la *diairēsis* es la base de su metódica (70). La división le llevó a considerar los dos primeros géneros de la función alterada, dependiendo de que la lesión recayese en las funciones psíquicas o en las físicas, subdividiendo, después, según las distintas funciones que tiene asignadas cada una de estas dos facultades (intelectiva, perceptiva y cinética la una, la otra dependiendo del órgano). Pero no acaba aquí la clasificación; su teoría del enfermar queda reflejada nítidamente cuando cada tipo de lesión lo hace depender de una afección determinada. Así, pudo decir:

«Os he comunicado esta observación para que conozcais los síntomas propios a cada afección y los síntomas comunes con otras y, por otra parte, aquellos que son inseparables de una y otra especie de afección ... El práctico experimentado, viendo uno de los síntomas que indican a la vez la afección y el lugar afecto, será capaz de encontrar otros muchos, derivando, unos necesariamente, otros frecuentemente, del lugar afecto y de la afección que presente el enfermo» (71).

(68) K. VIII, 261-262. La secuencia causal o etiológica de las lesiones es típicamente mecanicista en el sentido expresado por LONIE, I. M., art. y pp. citadas.

(69) LAIN ENTRALGO, P. (1982), *El diagnóstico médico. Historia y teoría*, Barcelona, pp. 1-33.

(70) TEMKIN, O. (1973), pp. 28-29.

(71) K. VIII, 366.

Estos signos, que indican a la vez afección y lugar afecto, son llamados por Galeno «signos ciertos» y se corresponden siempre con la disfunción propia del órgano o parte afecta (72). Sin embargo, todo el organismo participa de la sintomatología dolorosa. Esta comunidad, junto con el hecho de que el dolor posibilite conocer la afección y el lugar afecto, hizo que este síntoma fuese uno de los primeros en ser buscados en la praxis médica; y esto es así en virtud de su misma causación. Galeno llega a ser reiterativo explicándonos el mecanismo de producción del dolor pretendiendo, quizá, con ello, que tuviéramos plena conciencia de que el dolor es un síntoma que indica siempre anomalía somática. Es decir, disturbio corporal por su mecanismo de producción, que no es otro —recordemos— que una alteración cualitativa, a su vez, uno de los esquemas patogénicos básicos de la doctrina humoralista galénica; y también síntoma, por el segundo elemento que constituye la definición del dolor para Galeno, es decir, la percepción de esa alteración (*alloiōsis*).

El síntoma dolor aparece en cualquiera de los tratados de Galeno, pero nos parece que una prueba de la relevancia que le concedió, estriba en el hecho de que en su obra *De locis affectis*, consagre el libro II exclusivamente a su estudio. El énfasis que hemos puesto sobre la localización en dicha obra nos parece importante, puesto que nos ratifica en lo que venimos diciendo sobre la valoración dada al dolor en la obra galénica. Efectivamente, el primer libro de este tratado está dedicado a una exposición general del método seguido en el diagnóstico por razonamiento y a concretar y definir los signos utilizados para conseguirlo, la alteración funcional. Los cuatro últimos libros se consagran a reconocer estos signos dependiendo del órgano afecto, puesto que cada parte tiene una misión específica. Pero en el libro segundo Galeno se nos muestra de una forma más directa y vívida en su proceder diagnóstico. La búsqueda de la localización de la enfermedad —último objetivo del diagnóstico—, realizada a partir de un síntoma tan ambiguo, como es el dolor, le lleva al empleo exhaustivo del razonamiento en su semiología (73). El lugar de aparición del dolor nos puede indicar el asiento de la enfermedad, ya sea directa o indirectamente: dolor en la mitad superior del costado indica afectación de la mitad superior de la pleura (74); pero también, la irradiación dolorosa a clavícula derecha

(72) *Ibidem*, 97.

(73) GARCIA BALLESTER, L. (1981), Experiencia y especulación en el diagnóstico galénico. *Dynamis*, 1, 203-223.

(74) K. VIII, 308.

sería patognomónica de afectación hepática (75), o si el dolor es de tipo punzante indicaría alteración en las membranas (76).

Ya hemos repetido cómo, para Galeno, el diagnóstico incluye conocimiento de la afección causante del proceso morboso. El dolor pone de manifiesto a la afección en virtud de su misma etiología, que no es otra que la alteración de la *krasis*, o la solución de continuidad:

«la diferencia de sensaciones dolorosas viene dada por la cantidad, consistencia, movimiento o fuerza de la sustancia que ha producido el dolor» (77).

Un dolor con tensión indicará una hiperabundancia de humor; uno de tipo mordicante, la presencia patógena de un humor con acritud (78).

Finalmente, el dolor es también un síntoma cierto: una inflamación en la vecindad de una arteria presenta dolor con pulsación (79); un tumor contra natura en un órgano hueco, dolor gravativo (80).

Galeno, así, para diagnosticar la enfermedad, aplica el *logos* a los datos que obtiene a través de la observación, tanto del paciente como del medio ambiente y de la anamnesis (81).

Sin embargo, la labor del clínico no acaba ahí, debe ser capaz, también, de establecer un pronóstico para la enfermedad (82). Pero un pronóstico inicial puede verse modificado en el curso de la enfermedad por agravaciones o por la intervención de enfermedades secundarias; la evolución del dolor registra la aparición de ambos procesos y, además, el dolor —un síntoma—, puede desencadenarlos.

El fundamento básico que hace del dolor una guía para la evolución de la enfermedad está situado en la génesis de la sensación dolorosa. Recordemos que ésta tenía lugar cuando se estaba produciendo un

(75) *Ibid.*, 102.

(76) *Ibid.*, 86.

(77) *Ibid.*, 83.

(78) *Ibid.*, 80-81.

(79) *Ibid.*, 75.

(80) *Ibid.*, 78.

(81) LAIN, P. (1982), pp. 25-33; GARCIA BALLESTER, L. (1981), *op. cit.*

(82) En la obra de Lain, *La medicina hipocrática*, se analiza el significado que el pronóstico tenía para el médico antiguo; en él se destaca la necesidad por diferenciar enfermedades curables e incurables, ancladas estas últimas, todavía, en una dependencia divina. Galeno en su *De Praecognitione* (NUTTON, V. (ed.) (1979), *Galen. On Prognosis*, CMG V 8, 1, pp. 262), describe su modo de pronosticar, impulsado por una mezcla de enseñanza, autoestima y, también, de defensa contra las acusaciones que recibía de utilizar la adivinación en sus pronósticos.

proceso preternatural y que desaparecía al cesar la alteración. Con esta base, Galeno dice:

«Si totalmente y a través de toda ella (la parte), se transformase y alterase, llegaría, al punto, a ser indolora y se establecería de esta forma una *diathēsis* más peligrosa (*khalepotera*)» (83).

«Diathesis» más peligrosa porque la parte ha perdido su constitución característica y con ello su función.

El dolor es responsable del curso morboso, por producir agravaciones, o por provocar enfermedades por simpatía. En primer lugar, por su característica intrínseca de desencadenar impotencias funcionales:

«... el dolor aparece en las partes inflamadas más activas en relación con los pulsos a causa del movimiento de las arterias que hay en ellas. Y no es posible que hagamos menor el movimiento, según la profundidad, ni más lento, en relación con la frecuencia. Y ciertamente queríamos hacerlo intentando de esta forma calmar el dolor ... Así, en el esqueleto, si alguna parte de él se inflama, habría que hacer cesar, sobre todo, lo que causa el sufrimiento; y, si impulsados por alguna actividad, necesitaríamos movernos, andaríamos poco y despacio» (84).

Si a nivel del esqueleto una inmovilización puede tener poca repercusión sobre el estado general, no sucede así cuando el dolor recae en el pulmón, puesto que se ve implicado el mecanismo de formación del *pneuma* vital (85). Esto supondría una agravación de la enfermedad, cuyo curso, a su vez, puede ser seguido observando la evolución del dolor (86).

En segundo lugar, por convertirse en agente morboso de enfermedades por simpatía. Decíamos que el primer objetivo del médico es la terapéutica; que la necesidad, para Galeno, de localizar la enfermedad dependía de la concepción esencialista que hizo de ella y de la obligación, a partir de este supuesto, de hacer un tratamiento local. Por medio de fracasos terapéuticos tras un diagnóstico, en cambio, adecuado, Galeno nos describe la existencia de las enfermedades por simpatía, cuya curación no se realiza hasta que la enfermedad idiopática

(83) K. VII, 752.

(84) *Ibid.*, 774-775.

(85) El dolor en los órganos respiratorios ocasiona un *pneuma* pequeño, lento y denso (K. VII, 489 y 778). [HARRIS, C. R. S. (1973), *The Heart and the Vascular System in Ancient Greek Medicine. From Alcmaeon to Galen*, Oxford, pp. 267-455], especialmente p. 443, donde describe este proceso de afectación del *pneuma* por el dolor. Agravaciones de la enfermedad producida por el dolor, en K. XV, 780 y X, 190.

(86) K. VII, 780; K. IX, 44 y 261; K. XVI, 71; K. XVII/1, 830.

ha desaparecido (87). La etiología dada a las enfermedades por simpatía recoge, como siempre, todos los elementos que componen su anatomofisiología; el dolor puede llegar a ser tan intenso que lesione la sustancia nerviosa (88); lesión que puede llegar a repercutir, incluso, sobre el principio rector. Así, se explicaría el que un dolor violento origine pérdida de conciencia e, incluso, la muerte (89).

De la sensación dolorosa se desprende un último aspecto en el pronóstico. El pronóstico favorable le indica al médico lo acertado de su tratamiento, pues la parte afecta está volviendo a un funcionalismo *según la naturaleza*. En este proceso, el dolor desaparece e, incluso, parece advertirse que el mismo mecanismo de producción del dolor —paradójicamente— puede engendrar la sensación placentera, puesto que persistiendo una alteración de la parte, la vuelta a la naturaleza es placentera (90).

(87) K. VIII, 48-66; GARCIA BALLESTER, L., *Galeno...*, pp. 191-192.

(88) K. X, 607; K. XVII/2, 549-550.

(89) K. VII, 57; K. XI, 49; K. XV, 611.

(90) K. VII, 115-116.